

SUMARIO

Una visita al ejército ruso, por el Capitán Requena.—*La imparcialidad de la crítica inglesa*, por un aspirante á veterano.—*El empleo estratégico de la caballería*, por Mayor General C. V. F. Townshend.—*La guerra en los países africanos*.—*Camino de automóviles en Alemania*.—*La crisis de la oficialidad en Francia*, por J. A.

BIBLIOTECA

Pliegos 59, 60, 61 y 62 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.

UNA VISITA AL EJÉRCITO RUSO (1)

El soldado y los cuarteles

Procedente de los antiguos “druchinos”, el actual “voisco” ó soldado ruso nada tiene que envidiar á los de los demás países de Europa.

Las tropas regulares no aparecieron hasta la época de Andrés Bogoljubski. Desde este momento la soldadesca fué poco á poco perdiendo prerrogativas, hasta la famosa organización de Pedro el Grande que borró las diferencias que existían entre las distintas armas y europeizó al ejército de los Zares.

Pero el gran paso en el sentido de las reformas militares fué el establecimiento del servicio militar obligatorio, con lo que volvió á ennoblecerse el servicio de la defensa de la patria. Con esta reforma se suprimieron las permutas y reciben instrucción militar hasta los excedentes de cupo. A la clase de soldados voluntarios se añade la de los distinguidos, formada por los que han cursado estudios en Universidades ó institutos, á los que se les abre el camino para el ascenso á oficial de la reserva.

* * *

El lote de ropa blanca que recibe el soldado consta de tres camisas, tres calzoncillos, un corbatín, tres pañuelos, dos tohallas y tres pares de paños para los pies, según es de uso en Rusia entre las clases modestas, en vez de los calcetines. Este conjunto de piezas tiene un año completo de duración. Además se le entrega un par de zapatos y la suela necesaria para las reparaciones más urgentes.

(1) Del libro en preparación, con este mismo título.

La ropa que se da para la cama pasa á ser de la pertenencia del soldado. En las bajas de hospital, ausencias breves, etc., esta ropa se guarda en el almacencillo de la compañía, y en ningún caso se entrega á otro individuo.

El haber líquido, ó sea lo que percibe en mano el soldado, es muy poco. La tropa de línea cobra seis reales mensuales y tres pesetas la Guardia. Hay que contar, además, con que el soldado no cobra ningún haber en ciertas situaciones, como en calabozo, procesado, etc. Los soldados de los batallones disciplinarios tampoco perciben ninguna sobra.

El pan de munición, confeccionado en las panaderías del mismo cuartel, es negro y no tiene muy buen aspecto, pero el sabor es agradable por ser buena la calidad de las harinas. La ración es de tres libras para las dos comidas.

El thé constituye una necesidad en la vida del soldado ruso. El Estado costea al día una libra de thé y doce de azúcar por cada doscientos individuos. El agua hirviendo para la confección del thé la cogen los soldados en la cocina. Algunas compañías tienen hervidores especiales en sus locales. Con el thé toma la tropa una galleta que hacen en las mismas panaderías regimentales y que suelen estar tan sumamente tostadas que resulta casi imposible la masticación, para el que no disponga de muy buena dentadura.

En lugar de vino, bebe el soldado "cuas", bebida refrescante preparada con pan negro fermentado. Por lo general hacen dos clases de cuases, cuya diferencia estriba principalmente en la proporción de azúcar. El "cuas" de los cuarteles es una bebida muy agradable; tanto que resulta muchas veces mejor que los demás refrescos que expende el comercio.

CAPITÁN REQUENA

(Se continuará).



LA IMPARCIALIDAD DE LA CRÍTICA INGLESA

Desde el año 1904 conocemos por sus escritos al redactor militar de *The Times*, coronel retirado Reppington, hombre de extensos conocimientos profesionales y de suma habilidad para exponer las cosas del modo que más convenga á los intereses nacionales; inglés de cuerpo entero, la verdad y la imparcialidad para él no son nunca absolutas, sino que dependen de la tesis que se propone demostrar, la cual es invariablemente, y sea dicho en su honor, que la Gran Bretaña es la primera nación del mundo y que las demás, comenzando por los ejércitos respectivos, ni siquiera pueden compararse con ella. Así, le hemos visto manifestarse rusófobo ardiente, criticar luego con dureza á los japoneses, burlarse donosamente primero de los militares franceses para elogiarlos poco tiempo

después, etc., etc.; ahora les toca el turno á los alemanes, que son el coco de los ingleses, y no estaría bien que Mister Reppington no procurase tranquilizar á sus compatriotas poniendo el ejército alemán á los pies de los caballos, como vulgarmente se dice. Claro es que tales cambios de criterio y los frequentísimos errores que comete, así como los desaciertos en que incurre en muchísimas de sus profecías lo hubieran desacreditado hace mucho tiempo ante sus lectores, si los que componen en Inglaterra la masa de ellos no se distinguieran por sus prejuicios y orgullo británico, que á toda costa tiende á mantener el famoso *Times*; además, el citado redactor militar posee el arte, que tantos imitadores ha tenido dentro y fuera de Inglaterra, de recordar oportuna y delicadamente sus aciertos, cuando se confirman, y olvidar sus equivocaciones; en este género es un verdadero maestro.

Fué Reppington uno de los escritores que más contribuyeron á falsear la verdad de los hechos de la guerra ruso-japonesa, tarea en que le siguió gran parte de la prensa mundial; y por cierto que no pasaron dos ó tres años sin que tuviera que lamentar haber ensalzado tan indebidamente á los japoneses y denigrado sin fundamento á los rusos. Entonces dió una nueva prueba de su talento en presentar las cosas de un nuevo modo, como si toda la vida hubiera sostenido la misma doctrina.

Como españoles, poco nos importa que el coronel inglés encuentre destestable el ejército alemán. Presumimos que tampoco ello les interesará gran cosa á los mismos alemanes. Pero dudamos que los lectores de *Times* hayan quedado completamente tranquilos después de leer las crónicas de aquél. Es curioso, sin embargo, y produce grato solaz leer lo que ha escrito á propósito de las maniobras imperiales alemanas de 1911; en la imposibilidad de traducirlo todo, por su desmesurada extensión, baste saber que los mejores generales alemanes aparecen como aprendices del arte de la guerra, más torpes é ignorantes que un alumno de primer año de una Academia militar; y en cuanto al desarrollo de las operaciones y la conducta de las tropas, véase lo que dice sobre la infantería alemana, reputada unánimemente como la mejor del mundo. El juicio que sigue, que revela una frescura á que no estamos acostumbrados, enseña cuánto hay que desconfiar de lo que se escribe en el extranjero, si el autor no es un escritor profesional de conciencia estrecha:

“Ciertamente, la infantería alemana es una infantería bastante buena. Su fusil y sus municiones son mejores que los nuestros y que los del ejército francés. Presenta el aspecto de los *grandes batallones* y cuenta con efectivos suficientes. Hay buena disciplina, y el aspecto de la tropa es envidiable. Las líneas de fuego se forman con orden y precisión; los soldados están atentos á las voces de mando y obedecen sin vacilar. Se nota que la instrucción individual ha sido desarrollada con cuidado; los movimientos se ejecutan en silencio y con una seriedad que demuestra la seriedad de la instrucción.

“Pero la infantería alemana causa la impresión de que el soldado no pone su alma en la maniobra; sus ojos permanecen inexpresivos; el brillo de la mirada del soldado inglés ó francés se busca en vano en el alemán, que tiene el aspecto cansado, displicente, algo tímido, como maquina. Se comprende que esos hombres marchan y maniobran por obligación, no por su deseo, y que el día de la batalla las unidades se desvanecerían si faltasen los oficiales para mantener la cohesión.

“Los estados mayores y las demás armas tratan mal á la infantería durante las marchas. Se ve cómo la artillería y la caballería y los cuarteles generales pasan junto á las columnas al trote ó al galope cubriéndolas de polvo y sin ocuparse de ellas. Los hombres marchan tan cerca los unos de los otros, que parecen un rebaño entre cuyas filas apenas puede circular el aire. El equipo es arcaico, molesto para la marcha é incompatible con las exigencias del combate moderno. Es imposible imaginar un calzado peor que la bota alemana. No hubo marchas penosas durante las maniobras de Mecklemburgo, á pesar de lo cual las columnas dejaban detrás un reguero de rezagados, sin que al parecer se adoptara ninguna medida para recogerlos ó reunirlos.

“En el combate, la infantería nos causó una desilusión mayor aún. Las unidades, grandes y pequeñas, parecían arrastrarse cuando se dirigían á la línea de fuego; es imposible ver tropas que en terrenos variados maniobren con una lentitud más desesperante. La infantería se mueve sin ardor, displicente. La ejecución de las marchas de aproche es muy inferior á la de las tropas francesas. En todos lados, columnas grandes y numerosas presentaban excelentes objetivos al tiro enemigo, y despreciaban los caminos cubiertos, y no se cubrían tampoco al desplegar. Las patrullas de infantería son cosas absolutamente desconocidas. Se comprende enseguida que tales tropas no han oído nunca el fuego verdadero. El principio de encuadrar todas las unidades en una zona de combate muy limitada las expone á grandes peligros en los parajes descubiertos; de un modo general, parece que el ejército alemán sienta desprecio hacia la buena utilización del terreno. Veíanse líneas de tiradores permanecer horas enteras sin el menor abrigo bajo el fuego del enemigo situado á corta distancia; los oficiales montados caracoleaban detrás de los tiradores sin hacer caso del fuego. En la ofensiva, jamás la infantería removió la tierra; en la defensiva construyó algunas pequeñas trincheras que revelaban su presencia al enemigo, sin que sirvieran para protegerles. Se trabajaba superficialmente, los soldados no se despojaban de sus guerreras y arañaban de vez en cuando, más que excavaban, el terreno; esta labor parecía que les molestaba mucho. No hemos visto una sola trinchera adaptada á las condiciones de la guerra moderna, ni un parapeto capaz de detener las balas de pequeño calibre.

“La infantería alemana parece ignorar por completo que en el comba-

te las unidades deben apoyarse con sus fuegos. Jamás hemos visto un salto preparado ó sostenido por los fuegos de las fracciones inmediatas. La unidad, grande ó pequeña, se ponía en pie, y precedida de los oficiales y jefes de pelotón avanzaba al paso gimnástico y se tendía en tierra lentamente. Entre tanto, la parte de línea que quedaba en la posición no pensaba en facilitar el movimiento de sus camaradas por medio del fuego. La dirección y ejecución de éste nos han parecido anticuadas y poco científicas; sólo por excepción daba una compañía todo el rendimiento á sus fusiles.

“El infante alemán tira y apunta regularmente si no hay prisas, pero el menor suceso le descompone. Estábamos un día detrás de una compañía de la Guardia, en el momento que se le dió la orden de romper el fuego rápido, y no vimos más que un soldado de cada cuatro que hiciese uso de la mira; aquello fué una especie de tiro de juego en la dirección del enemigo. Por regla general se tiraba lentamente y con parsimonia sobre objetivos medianamente alejados, rápida y abundantemente sobre las líneas desplegadas á pequeña distancia, cuando hubiera sido preferible hacer lo contrario.

“En lo que atañe al empleo de las alzas combinadas para aumentar la profundidad de la zona, batida por el fuego, la infantería no tendrá necesidad de ello porque una compañía que ejecute un tiro rápido, dispersará á su frente las balas sobre todo el terreno que se encuentra delante hasta los límites del horizonte.

“La infantería alemana tiene tendencia á formar líneas de fuego muy fuertes, con método y cuidado, y generalmente conserva bien su dirección de marcha al avanzar. Está bien instruida, disciplinada, compuesta de hombres robustos. Pero éstas son sus únicas cualidades, porque tira mal y sus ataques carecen de impetuosidad. Lo peor es la indiferencia que los oficiales de todas las jerarquías sienten hacia todo lo que les rodea. Los comandantes de regimiento son demasiado viejos y parecen incapaces de soportar la terrible tensión física de las batallas modernas.”

Después de esto, no se nos ocurre más que exclamar, dirigiéndonos á los ejércitos mimados por el señor Reppington:

¡Fíate de Reppington y no corras!

UN ASPIRANTE Á VETERANO

EL EMPLEO ESTRATÉGICO DE LA CABALLERÍA

Las lecciones de la guerra de la Manchuria

La guerra de la Manchuria ofrece muchos ejemplos que ilustran esta materia. El general Kuropatkin, cuyo carácter pusilánime y vacilante apa-

rece ahora revelado por documentos oficiales, consideraba que no podía avanzar y librar batalla sin estar perfectamente informado de la posición y fuerza del enemigo. Pero, precisamente esta información es la que no es posible en los tiempos actuales; la caballería alemana no la llevó á cabo en 1870, y tampoco la pudo efectuar Kuropatkin en 1904; permaneció inactivo y fué batido.

Las lecciones estratégicas de la guerra de la Manchuria enseñan que el comandante en jefe no podía esperar que le llegasen esas informaciones exactas, porque nunca fué por sí mismo á buscarlas. Tan pronto como elaboró sus planes y concentró todas las fuerzas disponibles, destacando el mínimo necesario, según el principio de la economía de las fuerzas, debió marchar directamente hacia su objetivo que no podía ser otro que el grueso de las fuerzas enemigas en campaña. Lo de menos era saber si el enemigo se concentraba unas pocas horas ó un día antes que él; él tenía que imponer su voluntad al enemigo lo antes posible.

Otro punto que hay que considerar es el duelo de caballería, la gran batalla entre las dos masas opuestas de caballería, con la cual se suele decir que termina el periodo de reconocimientos.

Esta primera gran batalla preliminar, en opinión de muchos escritores militares, es un sacrificio innecesario de hombres y caballos—de la que resultará tal vez la completa ruina de ambos partidos—y tiene poca probabilidad de conducir á un resultado decisivo, por lo que será mucho más ventajoso reservar la caballería para que tome parte en la gran batalla decisiva, que debe ser reñida por la infantería y artillería, y que, tal vez, decida la suerte de la campaña.

Es interesante notar que desde que Napoleón dió aquellos ejemplos del modo de usar la caballería en la batalla, en las grandes cargas de Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Essling, Wagram, Borodino, la caballería ha desempeñado cada vez un papel menor en la batalla (ejemplos 1866 y 1870); en las últimas guerras, la acción de la caballería en el campo de batalla dió buenos resultados cuando fué empleada en pequeñas proporciones (brigada Bredow en Rezonville), y resultó infructuosa cuando se empenó en grandes masas (Gallifet en Sedan y Bonnemain en Froeschwiller). Hacia el fin del siglo XIX encontramos un enjambre de escritores que quitan importancia á la acción de la caballería, y esa opinión adquiere mayor fuerza á principios del siglo XX, cuando se comienzan á deducir conclusiones prematuras de la guerra de la Manchuria y se llega á proclamar en alta voz que la caballería ha fracasado cuando esos escritores aun no se encuentran en posesión de documentos oficiales.

Ahora que poseemos esos documentos, vemos que los japoneses tenían poca caballería por lo que no pudieron sacar resultados completos de las victorias indecisas de Liao-Yang y Mukden.

También aparece que los japoneses deploraron sinceramente la falta

de caballería, y como resultado de aquella campaña se proponen elevar á ocho divisiones la fuerza de dicha arma. Para nosotros, lo más interesante de aquella guerra en lo que concierne al empleo de la caballería, es que la caballería japonesa tuvo que valerse de la infantería para compensar su debilidad numérica, durante la maniobra de Liao-Yang, y ejecutó su cometido con mucha habilidad. El empleo de esta manera de destacamentos mixtos, obrando como puntos de apoyo de la caballería estratégica, es la doctrina del difunto general Langlois, el eminente estratega, que es defendida por muchos de los mejores generales franceses actuales.

Se admite generalmente por los militares franceses más competentes que una gran masa avanzada ó estratégica cubridora de un grupo de ejércitos, teniendo un frente de 70 kilómetros ó más, constituye sencillamente un positivo peligro, especialmente cuando está puesta á las órdenes del general comandante de la caballería estratégica, porque es una violación del principio de la economía de las fuerzas, y puede dar lugar á una derrota antes de que se reciba el apoyo suficiente, por la diseminación de fuerzas, ó puede obligar al comandante en jefe á combatir en ocasión y lugar que no entren en sus cálculos. Del lado ruso, hallamos que la caballería, aunque numerosa, dió malos resultados, generalmente hablando. Pero, preguntaremos ¿dió el general Kuropatkin el verdadero cometido á su caballería, diseminándola en pequeños núcleos sobre toda la zona de operaciones, faltando al principio de la economía de las fuerzas, que nunca ha sido violado en la historia sin sobrevenir un desastre?

Solo la prematura rendición de Stoessel en Port-Arthur permitió al tercer ejército japonés (Nogi) reforzar las fuerzas japonesas á tiempo de tomar parte en la batalla de Mukden. El general Mitschenko, que con su caballería realizaba el servicio de cortina, dió noticias exactas de la llegada y novimientos de los ejércitos japoneses; pero el general Kuropatkin no consintió ninguna iniciativa á su general que mandaba las tropas cubridoras y se le impuso de modo que le hizo imposible toda acción.

En suma: la guerra de la Manchuria no demuestra el fracaso de la caballería; simplemente enseña que esta arma únicamente puede dar buenos resultados cuando se la emplea bien.

La caballería napoleónica

Repetimos que se aprende más de las lecciones de las últimas campañas, por ejemplo, de la Manchuria, que de los métodos napoleónicos de usar la caballería, estratégicamente y tácticamente, porque aunque los grandes principios de la guerra fueron establecidos por Napoleón, el fundador de la moderna estrategia, no puede negarse que los métodos de combate no son los mismos ahora que hace cien años. En la batalla, Napoleón mantenía su caballería en masas á corta distancia del enemigo, 600 á 700

metros, dispuesta para cargar á la primera ocasión favorable; mientras que hoy la caballería tendria que aguardar esa oportunidad oculta en reparos del terreno y á gran distancia de las líneas de infantería enemiga; los terrenos abiertos y unidos tan buscados en otro tiempo por los generales de caballería, son hoy los más adecuados para la infantería y artillería; la caballería tiene que retirarse á lugares cubiertos y aun así corre el riesgo de ser destruida antes de que pueda alcanzar las líneas enemigas. En una palabra, solo por sorpresa puede obrar ahora la caballería en el campo de batalla, y esta eventualidad se presenta rara vez. En tiempo de Napoleón la zona peligrosa era de 200 metros, mientras que ahora es de 2000 metros para el fusil y de 5000 á 6000 metros para el cañón; además, los fusiles actuales han concluido para siempre con las complicadas formaciones del pasado; los comandantes de las unidades solo tienen que preocuparse de cerrar sus sutiles formaciones para hacer frente á los ataques, cualquiera que sea la dirección en que éste se presente. La introducción del fusil de pequeño calibre ha obligado á la infantería expuesta al fuego á abandonar las densas líneas de Wellington en Vitoria y las macizas columnas de Macdonald en Wagram y de Ney en Waterloo. Así como la infantería y la artillería han tenido que efectuar un cambio radical en sus métodos de combate, tampoco la caballería puede aferrarse á los métodos de Austerlitz y Wagram.

Austerlitz, Eylau y Wagram se presentan a veces como ejemplos de batallas ganadas por cargas de caballería; pero en Eylau la gran carga de Murat con sus 80 escuadrones fué ordenada por el Emperador para, en combinación con el movimiento envolvente de Davout, detener el avance de los rusos (que habían asumido la ofensiva después del fracaso del ataque del cuerpo de ejército de Augereau). Aunque la carga de Murat destruyó prácticamente el centro ruso, no pudo hacer más en razón de las dificultades del terreno; el movimiento envolvente de Davout con el tercer cuerpo de ejército tampoco fué decisivo. El Emperador se disponía ya á retirarse durante la noche, cuando la llegada al anochecer del cuerpo de ejército de Ney envolviendo la derecha rusa, obligó á Benningsen á retirarse. Napoleón triunfó en Eylau, Wagram y Friedland, como en Jena, Bautzen y Ligny, no por la acción de choque de su caballería, sino por el empleo de su maniobra favorita (tanto en estrategia como en táctica), esto es, por dirigir un ataque envolvente con su masa secundaria (que generalmente iba acompañada por el grueso de la caballería) contra aquella ala y porción de la retaguardia enemiga que estaba más próxima á su línea natural de retirada; y combinaba con este movimiento su ataque principal obrando con su masa principal contra la misma ala envuelta por la masa secundaria. La otra ala del enemigo, la más alejada de su línea de retirada, que no era envuelta, era contenida por ataques de sostén empeñados con una fuerza mínima, la cual, puesta á las órdenes de un comandante

independiente, tenía á menudo que adoptar una actitud defensiva—un combate de inmovilización y desgaste (Massena en Wagram). Napoleón ganó aquellas batallas poniendo en práctica sus grandes principios fundamentales de economía de fuerzas, masa, rapidez y seguridad de la combinación; la artillería podría reclamar haber ganado la batalla de Eylau, tanto como la caballería. El movimiento envolvente de Davout, en combinación con el avance de Macdonald con la masa principal, fué la causa de la victoria de Wagram.

“Napoleón—dice un autor—no seguía doctrinas ó teorías generales, sino que empleaba la caballería para misiones especiales, dándole siempre instrucciones claras y concretas. Ni una sola vez envió toda su reserva de caballería con un cometido vago de exploración... En 1805, envió á la caballería al otro lado del Rhin como cortina que engañara al enemigo, y cuando el grande ejército ejecutó su movimiento envolvente sobre Ulma, esta caballería, apoyada por dos cuerpos, obró como flanguardia”.

Este método era de hecho la aplicación de su principio de seguridad, el cual, en otras palabras, consistía en conservar su libertad de acción y maniobra por medio de su caballería apoyada por infantería. Hoy, el comandante en jefe de un grupo de ejércitos tendrá que obrar del mismo modo, valiéndose de caballería auxiliada por destacamentos mixtos. En todas sus campañas encontramos á Napoleón fiel al principio de seguridad, y 1796 es acaso el primer ejemplo de esta práctica.

“Todos los grandes capitanes de la antigüedad, y aquellos que posteriormente han marchado dignamente siguiendo sus huellas, han realizado grandes hechos por haberse conformado sencillamente con los principios del arte de la guerra... cualesquiera que puedan haber sido las audacias de sus empresas y la extensión de sus éxitos, ellos han triunfado solamente gracias á la observancia de esos principios... alguien ha atribuido mis grandes éxitos á la suerte y ha imputado mis reveses á mis faltas; pero si yo escribiera mis campañas, todos quedarían asombrados de ver que *en todos los casos yo ejercí mis facultades de acuerdo con los principios del arte de la guerra*”. Conversación de Napoleon en Santa Elena, 16 de noviembre de 1816.

También se ha dicho que las victorias de Napoleón se debían á la circunstancia de que todos sus generales de caballería eran jóvenes; pero este hecho era aplicable á todos sus generales y fué consecuencia natural de 20 años de guerra desde la revolución á Waterloo. En la campaña de 1815, ninguno de los generales tenía más de 49 años; su general más viejo en aquella campaña era Grouchy, general de caballería cuyo mando sobre el destacamento del ala derecha de Napoleón tanto dejó que desear. Por otra parte, el valiente Blucher, otro general de caballería, el más tenaz y osado adversario de Napoleón, tenía 70 años cuando dirigió la carga de caballería en Ligny y cuando, dos días después, alentó y empujó á su

infantería prusiana en aquella admirable marcha que dió por resultado el llegar en auxilio de Wellington en Waterloo.

Hé aquí la edad de los comandantes de cuerpo de ejército de Napoleón en 1815; varios de los generales de división tenían menos de 40 años, y un general de brigada, Labédoyère, 29 años.

| | | | |
|---------------------|---------|--------------------|---------|
| Napoleón. | 46 años | Vandamme. | 44 años |
| Davout | 45 „ | Rapp | 43 „ |
| Ney | 46 „ | Clausel | 43 „ |
| Grouchy | 49 „ | Suchet | 43 „ |
| Lobau. | 45 „ | Pajol | 43 „ |
| Lamarque | 45 „ | Gérard | 42 „ |
| Kellerman | 45 „ | Drouet | 41 „ |
| Reille | 44 „ | Exelmans | 40 „ |

La caballería en la persecución y en las algaras

El papel de la caballería en la persecución es el más importante de los que puede desempeñar aquella arma, especialmente en el siglo XX, cuando la larga duración de las batallas es causa de que tanto la infantería del vencedor como la del vencido resulten aniquiladas y sin fuerzas al terminar la batalla. La caballería es la única arma que puede hoy ser empleada en la persecución; es muy frecuente que los escritores censuren á los generales porque no persiguen al enemigo después de sus victorias, porque no aprovechan sus éxitos, porque no destruyen al enemigo derrotado; pero los hombres que no se salen de la realidad, han de reconocer que la persecución no era posible á causa de la extenuación de las tropas.

Desde los días de Napoleón no se ha vuelto á oír nada de largas persecuciones en que la caballería no dejaba de tener su sable en las espaldas del vencido, con resultados brillantísimos (ejemplo: la persecución de la caballería francesa después de la batalla de Jena, cuya fortaleza se rindió á unos pocos dragones).

¿No es bastante razón, para esto, en nuestros tiempos, el enorme efectivo de los grupos de ejércitos de ambos partidos? ¿Podrán romperse y disolverse tales efectivos, en caso de derrota, como los aliados en Austerlitz ó como los franceses en Waterloo? ¿No se podrá retirar un grupo de ejércitos de un modo mucho más ordenado? Véase el ejemplo de Liao-Yang y Mukden. ¿Persiguió la caballería alemana después de Froeschwiller? ¿No quedó inactiva después de Rezonville?

En una guerra en el siglo XX, uno de los principales deberes de la caballería en la persecución será impedir que el enemigo derrotado destruya sus líneas férreas, y especialmente los puentes, en su retirada. Como ejemplo de la moderna forma de persecución de la caballería, preferimos leer la conducta observada por Sherman en la persecución de Lee y

Johnston, que leer las guerras de Napoleón, suponiendo que queremos tener indicaciones precisas sobre el papel de la caballería en la persecución de nuestros días.

No me queda espacio para hablar de la misión de la caballería en las algaras estratégicas. Sería muy interesante discutir si el empleo de la caballería combatiente en las algaras estratégicas no es una violación de la economía de las fuerzas. No obstante, podemos aceptar en la esfera de los hechos, que en el siglo pasado el papel táctico de la caballería ha disminuido y su papel estratégico ha crecido grandemente; y creemos que sería aceptada en toda Europa la afirmación de que, dados los enormes frentes estratégicos de los modernos grupos de ejércitos, de 80, 100 ó 120 kilómetros, y aun más, el empleo de una amplia cortina estratégica de un grupo de ejércitos, constituiría una infracción del principio de la economía de las fuerzas, y que, por el contrario, el principio de la caballería estratégica, valiéndose de una cadena de destacamentos mixtos como apoyo, sería aceptado.

Mayor General C. V. F. TOWNSHEND

(Del *Journal of the Royal United Service Institution.*)



LA GUERRA EN LOS PAÍSES AFRICANOS

Traducimos de la *Rivista di Artiglieria e Genio* el siguiente extracto de un notable escrito del capitán alemán Herr Bayer:

“El autor comienza su artículo con las palabras que le dijo el general Leutwein en 1904, durante la campaña contra los hereros, esto es, que así como es fácil comenzar una guerra africana es difícil conducirla á su fin.

“Una nación que tiene la supremacía en el mar nunca encuentra dificultades en ocupar la costa y las poblaciones marítimas africanas; la verdadera lucha comienza cuando se pretende conquistar el interior.

“Un ejército instruido según los modernos preceptos que han de servirle de guía en una guerra europea se encuentra en Africa frente á situaciones completamente nuevas. Las cartas son inexactas, las vías de comunicación no existen, los objetivos y puntos estratégicos sobre los que dirigir las tropas, faltan; todo contribuye á rodear de incertidumbre las operaciones de la guerra.

“Además, el enemigo entiende la guerra de un modo especial. No se quiere empeñar en batallas formales, sino que abre el fuego á grandes distancias para obligar á las tropas á marchar á lo lejos y á efectuar largos rodeos, y cuando la ha debilitado cae sobre ella. Mientras para la nación que emprende la guerra colonial cada día que pasa supone un aumento de gastos, para los africanos, incluso los árabes, el tiempo no tiene valor nin-

guno. Una guerra africana, conduciendo á escasos resultados, exige grandes esfuerzos por parte de las tropas europeas y pone á prueba la paciencia de la nación conquistadora.

“El indígena, aunque inferior al europeo por su número y por estar peor armado, supera á las tropas blancas por el conocimiento exacto del terreno, que posee, lo que le permite utilizar los más pequeños recursos, de los que no pueden valerse el invasor. Además, el indígena, montado sobre bestias acostumbradas al clima y al terreno y más ligeras, ve y observa los movimientos del adversario, mucho mejor que puede hacerlo el europeo. De acuerdo con la población, rodea á las columnas enemigas de una tupida red de espías, que con una celeridad extremada le informan de todas las noticias que pueden serle útiles.

“En esta clase de guerra, es muy importante saber apreciar las huellas dejadas por hombres y animales, que el indígena sabe disimular con grande habilidad. Conoce todas las astucias de la guerra de guerrillas; por la mañana ataca por el este, y por la tarde por el oeste, para que el enemigo se vea molestado por los rayos del sol; de noche avanza arrastrándose por el suelo; sabe evitar el ruido, esconderse tras una roca ó las arenas del desierto, que le servirán para cubrirse al abrir el fuego cuando pase cerca una patrulla, sin que esta pueda averiguar de donde proceden los disparos. En esta guerra de emboscadas, el indígena es superior al europeo, hasta el punto que en la campaña de los herreros los alemanes querían renunciar á las patrullas para disminuir las bajas.

“Tampoco en la trasmisión rápida de los avisos los indígenas son inferiores á los europeos; los pueblos africanos se sirven maravillosamente de señales especiales, en especial de las hogueras y del humo. Algunos detalles que á primera vista carecen de importancia, como, por ejemplo, algunas piedras reunidas al borde de un camino, les sirven de señales, sobre todo si indígenas traidores figuran en las filas de los europeos.

“La nación europea que desembarca en la costa africana sus fuertes brigadas y sus hermosas divisiones, no tarda en reconocer que esta masa armada probablemente no podrá llegar al interior del país. Hay que informarse y caer sobre el enemigo con solo una parte de las fuerzas, mientras operen pequeñas columnas para conseguir el objetivo principal, dadas las malas condiciones de vialidad de la arena, la falta de agua y las grandes dificultades de los transportes.

“La escasez de agua es lo que más detiene las decisiones de los jefes y les priva de iniciativas atrevidas. Los caballos, mulos y bueyes comienzan á escasear, si no se les puede proveer de agua en abundancia; los camellos á su vez requieren alimentos y cuidados especiales. En ocasiones no hay más remedio que valerse de personal indígena, pero aunque se le encuentre en número suficiente es poco de fiar.

“La mayor dificultad se encuentra en el servicio de retaguardia. Como

el país no ofrece recursos hay que llevar á las tropas todo lo que necesitan, en municiones, en equipo, en vestuario, en todo. A veces hay que trasportar el agua, la leña, la bencina para los automóviles y aeroplanos, el hidrógeno para los globos, etc. Así se forman convoyes enormes detrás de las columnas que avanzan hacia el interior del continente africano, convoyes que hacen pesadas las columnas, les despojan de movilidad y hacen depender las operaciones de las líneas de etapas. Cuanto más se alejan las tropas de la base de operaciones, más aumentan las dificultades; además, no hay que olvidar que los convoyes requieren escoltas de protección y que también hay que atender á la alimentación de hombres y bestias de la columna y de la escolta, por lo que se reduce la carga util que realmente podrá llevar el convoy. Y á medida que crece la distancia á la base de operaciones, más necesario es establecer estaciones y almacenes en la línea de etapas, lo que á su vez exige más tropas para custodiarlas.

“Los animales empleados para el tiro y la carga sufren mucho en las arenas de los desiertos africanos, por lo que hay que darles frecuentes días de reposo, si se quiere evitar su pérdida total: el grano seco como único alimento no basta para su nutrición. Durante la campaña contra los hotentotes, los alemanes perdieron más de medio millón de marcos en bueyes de tiro, á lo largo de la línea de etapas de la vía del Bay; murieron en tan gran número, que los hedores de la descomposición de los cuerpos de los bueyes infestaron todo el Pad.

“La lentitud de los convoyes es otro obstáculo con el que tropiezan las columnas, pues mientras las tropas pueden hacer cerca de 5 kilómetros por hora, los carros no pueden recorrer más de dos ó tres sobre arenas profundas, y aun dando frecuentes descansos á los animales. No conviene separar la tropa del convoy, porque no se tiene seguridad de que pueda llegar á su destino, sea por causa de molestias de los animales, sea por los estorbos que oponga el enemigo.

“Una de las particularidades de la guerra africana, es que el indigena siempre se esfuerza en operar á retaguardia: sabe perfectamente que el apoderarse de un convoy equivale á inflingir al enemigo una derrota. De aquí que si una columna quiere avanzar con celeridad haya de dejar una escolta para el convoy, escolta que ha de ser muy fuerte para tener seguridad de contar con refuerzos; de aquí puede provenir un motivo de debilidad de la columna principal. Siendo de 15.000 hombres el contingente que Alemania tenia en el S. O. de Africa, la fuerza de algunas columnas no podía pasar de 800 combatientes.

“No son de desdeñar las bajas por enfermedad. Una guerra en el desierto causa más víctimas que cualquiera otra: no es posible observar todas las reglas higiénicas ni el necesario cuidado de las personas, á lo que se agrega la sed, el clima tropical, el calor durante el día. Si el agua

no es la suficiente para beber, no hay que pensar en usarla para el lavado, y faltando el aseo, la policía personal es un mito.

“Pero en la guerra del desierto hay una influencia moral, que pesa sobre la tropa de un modo abrumador: durante días, semanas y meses recorre regiones privadas de todo, viendo apenas al enemigo, y esto le conduce poco á poco á imaginar que todos sus esfuerzos resultarán inútiles. El calor debilita al soldado, la monotonía del servicio acaba con su alegría, y una invencible postración puede ocupar el puesto del entusiasmo y del vigor.

“En esta guerra tienen grande importancia los medios técnicos de que hoy disponen los ejércitos. Las líneas telefónicas y telegráficas de campaña prestan grandes servicios al ejército de campaña, enlazándole con su base de operaciones y con el comandante en jefe; pero es muy frecuente que ocurran averías en ellas, producidas por animales salvajes, por las mismas bestias de tiro ó carga, ó por el enemigo. Así, en la campaña del S. O. africano, los hotentotes rompían los hilos telegráficos y telefónicos y esperaban la llegada de las patrullas que acudían para proceder á la reparación, para pasarlas á cuchillo.

“Un resultado más seguro, aunque más lento, se obtiene con la telegrafía óptica. A través de la atmósfera africana, tan transparente, se llegan á percibir las señales hasta una distancia de 50 kilómetros de día y 150 kilómetros de noche con la luz de acetileno.

“También presta excelentes servicios la radiotelegrafía: las estaciones de campaña pueden acompañar á las tropas y enlazarlas con la base de operaciones de la costa, mejor que otro ningún medio de relación. En aquella campaña los alemanes pudieron enlazar hasta la distancia de 300 kilómetros.

“Es difícil predecir la importancia que pueda tener la aviación en la guerra del desierto; con aviadores audaces acaso llegue á ser un factor decisivo. Pero hay que ver cómo se conduce el motor en los campos de batalla de Africa, ya que en la campaña sostenida por los alemanes los motores de los automóviles dieron resultados muy medianos: la arena fina del desierto penetraba en las partes más delicadas de los mecanismos y los deterioraba.”



CAMINO DE AUTOMÓVILES EN ALEMANIA

No contentos los alemanes con tener militarizado el servicio de ferrocarriles y con poseer una red ferroviaria que satisface, con preferencia á cualesquiera otras, las necesidades estratégicas, de movilización y concentración, se proponen construir un camino estratégico especial para automóviles desde el campamento de Doberitz, cerca de Berlín, á Metz.

Conviene tener en cuenta que Doberitz es el centro de aviación militar más importante que hay en Alemania, y que Metz es la estación principal de aviación situada cerca de la frontera francesa.

LA CRISIS DE LA OFICIALIDAD EN FRANCIA

La crisis por que atraviesa la carrera militar en Francia ha acabado por atraer la atención del legislador.

El número de aspirantes que era en Saint-Cyr, de 2400 en 1890, descendió en 1911 á 800; en Saint-Maixent, de 1305 á 427. Por otra parte, de los 1250 segundos tenientes de artillería promovidos de 1902 á 1911, únicamente 360 proceden de la Escuela Politécnica, mientras que 600 salieron de la Escuela de sub-oficiales de Versalles, 135 de las Escuelas de Infantería de Saint-Cyr y Saint Maixent y 155 de los ayudantes (suboficiales) promovidos sin examen.

En los debates sostenidos en el Parlamento sobre los presupuestos para el presente año, ha predominado el parecer de que el origen de la crisis se debía á la escasez de los sueldos y á la lentitud en los ascensos, es decir, á motivos de orden material. Ignoramos si los que han sostenido este punto de vista defienden de buena fé y con convicción sus ideas, ó si sólo han tratado de esconder al público la llaga que corroe al ejército francés.

Espectadores imparciales de lo que viene aconteciendo en Francia hace muchos años, no diremos nada nuevo si afirmamos que la crisis es de origen moral: poca independencia de los oficiales en la relativo á sus ideas religiosas y privadas; merma de sus facultades; favoritismo en los ascensos por elección: he aquí las tres grandes llagas que corroen un ejército que todavía cuenta con muchos elementos sanos en su seno, y que podría ser uno de los mejores del mundo.

La plétora de democracia, en el peor sentido, el más más vulgar, del vocablo, que se ha apoderado de los organismos directores de aquella Nación, está matando lentamente, pero matando, al fin, los fundamentos de orden moral que han de ser la base primera de un ejército. Se ha querido substituirlos por un exceso de instrucción, con lo que se ha robustecido el cuerpo á la vez que se le despojaba del alma, y... ¡es tan necesaria ésta en la guerra! Hágase lo que se haga y predíquese lo que se quiera, el buen espíritu es lo primero, la comunidad de sentimientos es lo esencial, y todo lo demás está expuesto á derrumbarse cuando se sufre el primer tropiezo. La disciplina no basta si pelagra la vida: es menester un ideal, del que cada día carece más aquel ejército y no ciertamente por deficiencias ó culpa suyas, pues hay que reconocer que realiza extraordinarios esfuerzos

por no decaer; pero el elemento que se pone en sus manos deja que de-sear, y más todavía la atmósfera en que se le hace vivir.

En el ejército alemán corren parejas los factores morales y materiales, el alto espíritu y la instrucción; y en el ejército británico, si bien la instrucción es muy inferior á la del francés, su espíritu es relevante, más sobresaliente que en Francia.

Como quiera, los franceses han comenzado á aplicar los remedios que estimaban más indicados. Se ha extremado el rigor para que abandonen el servicio activo generales, jefes y oficiales que carecen de las necesarias aptitudes físicas; se han mejorado, aunque no mucho, los sueldos, se han aumentado las plantillas en artillería y se proyecta hacer lo mismo en infantería; han sido declarados excedentes los oficiales que prestan el servicio de estado mayor y los alumnos del segundo curso de la Escuela de Guerra, así como el personal aviador activo. Se pretende también aumentar el número de jefes y suprimir oficiales que serían reemplazados por ayudantes-jefes ó suboficiales de primera clase; pero la medida más radical consistiría en una buena ley de ascensos, cosa punto menos que imposible lo mismo en aquel ejército que en otro cualquiera, porque se tropieza con un dilema: si se quiere rejuvenecer el alto mando, dando paso á la aptitud, se producirá un mayor estancamiento en los ascensos de la masa, y á medida que sea más joven la cabeza, mayor edad irá teniendo la cola, con lo que á la postre no se habrá conseguido el resultado deseado; y si se aumenta el número de jefes, se disminuirán las ocasiones de que practiquen el mando de tropas durante un plazo conveniente, y se perderá la aptitud, además de recargarse sin utilidad el presupuesto. Dignos de ser seguidos con atención son, sin embargo, los trabajos que en el sentido indicado se llevan á cabo en Francia, y que tienden á revestir un carácter general que no encontramos en lo hecho en Alemania y Austria en los últimos años.

J. A.

